

pedras preciosas y vestido con un magnífico ropage, al desconocido que ha pasado la noche con él sobre una estera; su asombro es igual á su júbilo; pero repentinamente, aquel aparato pomposo, aquel brillante séquito, le hacen temer que todo lo que ve sea un sueño.

Gozó por un momento el emperador de la turbacion del aldeano, y despues, dirigiéndole la palabra con afabilidad, "ayer, amigo mio," le dijo, "cumplisteis con los deberes que la religion y la humanidad prescriben. Hoy vengo yo á desempeñar la mas grata obligacion de un soberano, cual es la de premiar la virtud. No os apartareis de una condicion á la cual dais realce; os daré los bienes de que careceis y en adelante podeis practicar las santas leyes de la hospitalidad con desahogo; tomo, en fin, para siempre, á mi cargo, al niño que ví nacer anoche, pues debeis acordaros que os dije que seria muy afortunado."

El aldeano, enternecido hasta el extremo de verter lágrimas, fué á buscar á su hijo y volvió para ponerle á las plantas del Czar, que le tomó con cariño en sus brazos y le llevó él mismo á la iglesia; en seguida le volvió á conducir á la cabaña para no privarle de las caricias y de la leche de su madre. Pero tan luego como se le destetara mandó que se le condujese á la corte, se encargó de su educacion, le hizo criar en su palacio, y llegó un placentero dia en que, merced al favor del soberano que cumplió fielmente con sus promesas, el hijo del mísero aldeano se elevó á las primeras dignidades del Estado.

Historias maravillosas del rey Pepino y de su hijo Carlomagno.

(HISTORIA SEGUNDA.)—CARLOMAGNO.

I.

NACIMIENTO DE CARLOMAGNO.

No tardó Pepino en hacer que se anulase reservadamente su matrimonio, medida que llevó á cabo Estevan II, sucesor de Zacarías; sin embargo, este Papa, al declarar nula esta union por haberse contraído por sorpresa y traicion, no exoneró al rey de los vínculos que le unian á los hijos que habian resultado de ella. La falsa reina fué encerrada, ade-

mas, en un claustro distante, donde falleció á los pocos años. Nadie, á escepcion del Papa y del rey, podia esplicarse los motivos de una medida de semejante naturaleza, pues Pepino habia juzgado conveniente guardar secreto por algun tiempo, temiendo que los hijos de la falsa reina tendiesen á la nueva esposa que queria tomar, algun lazo.

Cuando se hubieron tomado todas estas disposiciones, no tardó el rey en encaminarse al molino; celebróse allí su enlace con la princesa de Carniola sin pompa alguna y en medio del mayor misterio. Preveia Pepino que habia de tener todavía que sostener terribles combates contra los gentiles, y no queri a deja rejimperio, en este intervalo, entregado á disensiones intestinas.

Antes de marchar á la guerra estrechó contra su corazon á su esposa. La reina Berta, (pues así se llamaba la hija del rey de Carniola), le mostró por la última vez sus bordados y su pobre lecho en la casa del molinero. Al verlos, lloraron ambos, pero las lágrimas que entonces vertieron fueron gratas. El rey dijo á Berta, "¡sois una bendita muger! ¡bendito sea tambien el hijo que de vos naciere!" Despues, volviéndose hácia el molinero y su familia, les encargó que si el niño que naciese era hembra, le envasen un anillo; si varon, una flecha. Y les dejó una flecha y un anillo.

Por aquel mismo tiempo, el Papa Estevan, cada vez mas maravillado de la magnificencia y de las prendas de Pepino, hízole rey de reyes y mandó á todos los príncipes cristianos que le prestasen obediencia, en lo cual de buena voluntad convinieron éstos; porque nadie juzga humillarse, y tampoco en realidad se humilla, con someterse á la verdadera grandeza, y se mostraron en lo sucesivo, en todas ocasiones, dispuestos á servirle. Recibió Pepino una noticia que le obligó á regresarse á Francia. Llegó á saber que un rey gentil, llamado Marsilies, reunia tropas numerosas para marchar contra los cristianos; y este rey era un monarca poderoso que tenia bajo sus leyes á cuatro reinos. Convocó Pepino á todos los reyes y príncipes cristianos, pues era, como ya lo hemos dicho, rey de todos los reyes cristianos, y marchando contra los gentiles, venciólos. En seguida pasó á España con un ejército poderoso, y puso sitio á todas las fortalezas de aquel territorio, de las cuales unas se rindieron por asalto, y otras por hambre. Un año empleó Pepino en la conquista de la España.

Marsilies, viendo que sus reinos habian caido en poder del rey cristiano, le envió una numerosa embajada y con ella ricos obsequios, rogándole que le perdonase y comprometiéndose solemnemente á no volver á tomar las armas, durante su vida, contra los cristianos. Esta circunstancia feliz permitió á Pepino dirigir sus golpes sobre los gentiles de Sajo-

nia y Hungría que se habían aprovechado de su ausencia para volver á tomar las armas; pero habia llegado apenas al campo de batalla, cuando ya uno de sus lugartenientes habia alcanzado sobre ellos una insigne victoria. Entonces fué cuando se presentó un mensajero al rey, poniendo en sus manos una flecha, sin ninguna otra esplicacion, de parte del molinero. Comprendió Pepino que Doña Berta, su muger, habia dado á luz un hijo, y se regocijó mucho.

Entonces juzgó conveniente hacer á su médico partícipe del secreto, y le envió hácia Berta. Esta, al principio, llenóse de terror al aspecto de aquel desconocido, pues temia que viniese á arrebatarle su hijo, y toda trémula, encerróse con cerrojo en su cuartito. El molinero, por su parte, tuvo asimismo sus sospechas; pero habiéndose dado á conocer el médico, recibiósele con cariño. Luego que hubo percibido al niño, como la daba de adivino, exclamó: "Hé ahí un chiquito que será grande." Berta, instruida de la mision del médico y cerciorada de que venia de órden de su esposo, recibióle con mucho cariño. El médico dijo entonces á la reina, que teniendo el rey, desgraciadamente, muchos enemigos á quienes combatir, deseaba que no se divulgase todavía el secreto de su matrimonio y del nacimiento de su hijo. Contestó la reina que permanecería en la casa del molinero tanto tiempo cuanto pluguiese á su señor y dueño, y que rogaría á Dios, dia con dia, que le hiciese alcanzar el triunfo sobre los paganos. El médico agregó que queria el rey que se pusiese al niño Carlos por nombre, y despues de haber cumplido con la mision que se le encomendara, se volvió á su señor y le dió noticia de que su hijo era un crecido y hermoso niño que anunciaba que haria portentos.

El molinero llevó á la pila bautismal al niño como si fuese su propio hijo y le puso por nombre Carlos, segun lo habia dispuesto Pepino.

CARLOMAGNO ES ELECTO JUEZ DESDE NIÑO.

ENTRETANTO aconteció que los gentiles, formando innumerables masas, amagasen de nuevo esterminar á la cristiandad, lo cual no dejaba de infundir mortal inquietud á Pepino; pero le libró Dios de este apuro, enviándole una noche una cruz de oro por medio de su ángel, quien le dijo: "Toma este signo de la Santa Cruz, y con él, como lo hizo en otro tiempo Constantino de Roma, si tienes fé vencerás á todos tus enemigos." Pepino dijo: "Creo sin duda alguna;" y colocando sobre su corazon la cruz, marchó contra sus enemigos, á todos los venció en el espacio de cuatro años y obligóles á rendirle homenaje y á prestarle juramento como lo habia hecho Marsilies. En aquellos tiempos hasta los gentiles,

BIBLIOTECA DEL ESPECTADOR DE MEXICO.

Carlomagno?



Rafael y Vilá, editores.

Litog. de Decaen.

El muchachito entonces se quedó muy confundido.

cuando prestaban juramento, se consideraban por su medio como irrevocablemente ligados, de suerte que se atraían el menosprecio general los perjuros.

Regresóse Pepino á Hungría, territorio de Alemania, al frente de su ejército victorioso, y despidiendo á los príncipes que le habían seguido, dióles cuantiosos bienes y confirióles grandes honores. Dícese, sin embargo, que extravió durante una batalla la cruz á la cual había debido sus victorias, y que no se la volvió á encontrar hasta la época de Estevan de Hungría que fué un rey que tuvo mucha confianza en Dios.

Ahora veamos lo que hacia Carlos en la casa del molinero. Ignoraba el secreto de su nacimiento y al molinero y su muger tenia por padres. Berta, obediente al mandato del rey, resignábase á que su amado hijo diese el grato nombre de madre á otra que no lo era, pero con todo, consolábase con ver de qué portentosa manera, al paso que crecía, se iban desarrollando en él el valor y el talento. Todos los chicuelos de las inmediaciones buscaban á Carlos, y como si hubiese sido su señor, era siempre quien dirigía sus juegos. Un dia echóse de ver que se había desaparecido el freno de un caballo, y díjose que uno de los niños lo había robado y lo andaba trayendo oculto. Carlos dijo: "No es justo que se nos acuse á todos por culpa de uno; solo uno de nosotros debe haberse tomado el freno; es preciso que le descubramos." Ninguno de los chicos confesaba el robo. Subió de punto el enojo de Carlos, y repuso: "No es justo que se nos censure á todos por culpa de uno; es preciso que á cada cual se nos registre, y quiero que por mí se empiece." Tenian los niños tanta confianza en Carlos, que los mas de ellos proponian que se le esceptuase de esta prueba, aun cuando consentian de buena voluntad en pasar por ella. Pero Carlos, dándoles las gracias, exigió que se le registrase aun cuando no fuese sino para dar ejemplo á los demas; y concluida la operacion, él fué quien registró á los otros. Uno de los chicos intentó entonces huir, so pretexto de que no queria que se le registrase como á ladrón; pero Carlos corrió tras él y le afianzó diciendo: "Quién será el ladrón; ¿yo que dejé que me registraran primero, ó tú que no quieres permitirlo? Solo el que teme que se le convenza de haber delinquido puede tratar de eludir semejante prueba." Y Carlos, al hablar así, tenia bien afianzado al chicuelo y le registraba; por fin le sacó el freno de dentro de la manga. Entonces el chicuelo se quedó sumamente confuso, y todos los demas fueron de opinion, incluso Carlos, que se aplicase algun castigo al delincuente, y á una voz dijeron á Carlos que á él tocaba pronunciar el fallo. Reflexionó Carlos un momento y luego exclamó: "Pues bien, que se le tenga atado á un árbol, de pies

y manos, durante una hora, para que quede espuesto de este modo, como ladrón, al desprecio de los que pasan." Atóse al niño como lo había dispuesto Carlos, y por espacio de una hora estuvo espuesto á la censura de los transeuntes y á la burla de los otros niños. Cuando el término del castigo hubo espirado, fué el mismo Carlos á desatar al niño, y viendo que continuaban sus compañeros ultrajándole, les dijo: "El que cumplió con la pena á que se le sentenció ya no la debe; y si alguno de vosotros le quiere todavía injuriar, tendrá que habérselas conmigo. Es necesario que se le deje conservar el suficiente amor propio para que conozca cuan vergozoso es que reincida en semejante falta; solo á aquellos de quienes nada bueno se puede ya esperar se debe condenar á un continuo desprecio, y todavía tiene Dios perdones para toda clase de arrepentimientos."

Un anciano que á la sazón pasaba, le dijo: "Ese niño habla como Salomón." Y se fué á referir hasta Augsburgo la escena que había presenciado, repitiendo á cuantos encontraba: "En el molino que allá se ve, hay un niño á quien Dios ha concedido ciertamente su sabiduría, porque administra la justicia como lo hacía en otro tiempo Salomón, y Salomón no era mas sabio."

No tardó en presentarse á Carlos una oportunidad, mas solemne de manifestar la perspicacia de su ingenio. Un hombre de aquel vecindario, á consecuencia de un incendio que había consumido su casa, se había visto en la necesidad de empeñar los pocos bienes que le quedasen á un usurero que no le facilitó dinero sino á intereses muy crecidos. El pobre hombre, en medio de la desgracia que le abrumara, no había reflexionado, y su único pensamiento había sido el de buscar un nuevo techo bajo el cual se guareciese su familia. Pero llegó el día que el usurero tenía bien previsto; es decir, aquel en que el pobre hombre no podría volverle el dinero que había tomado de él á tanta costa. El malvado del usurero le intimó, pues, no solo que se marchase con su familia de la casa que había mandado levantar despues del incendio, sino tambien que le hiciese entrega del terreno que la rodeaba; de suerte, que el pobre hombre, por remediar una desgracia, había sumergido á sí propio y á los suyos en una miseria aun mas estrema.

Aconteció que el molinero oyese referir el triste suceso de su vecino, y como tenía un corazón muy compasivo, fuéle á ver y le dijo:

—Yo, en vuestro lugar, buscaría algun otro medio de satisfacer que no fuese el de abandonar completamente mis bienes.

—Y ¿qué quereis que haga? contestó el pobre hombre.

—Vamos, voy á deciroslo, replicó el molinero. En vuestro lugar de-

fendería á palmos lo que tengo, hasta que ya no hubiese remedio. Tenemos por señor un barón que es un hombre justo: yo haría que se mandase á ese usurero que compareciese ante él.

—Pero el usurero es rico, respondió el desventurado, y se presentará acompañado de algun abogado, diestro en palabras y en pérdidas sutilezas, y no teniendo yo quien me defienda, ¿qué podré contestar á lo que diga?

El molinero, interrumpiéndole, le dijo:

—¿Habeis oido hablar de Carlos, del niño del molino?

—Sin duda, contestó el vecino, es un chico lleno de talento y de juicio; pero ¿qué quereis decir con eso?

—Que os lo propongo por defensor, contestó el molinero.

El infeliz reflexionó un momento, y despues dijo:

—La verdad sale de la boca de los niños; la elocuencia que emplean es la del alma, y ésta seduce, atrae. Defiéndame, pues, Carlos.

Mucho había contristado á Carlos la desgracia de su vecino; pero despues fué grande su contento cuando supo que había de tomar él su defensa. Hizo que le refiriesen punto por punto el caso, despues de lo cual exclamó:

—Que se me conduzca ante el barón, y si es justo, como se dice, bien sé que no saldrá del paso sino decretando pena de azotes.

—Condújose á Carlos al castillo de Pell, que era la residencia del barón. En aquel tiempo acostumbrábase que los barones ó señores fueran los que administrasen una justicia paternal á todos los que de su señorío dependían.

Tan luego como el barón vió á Carlos, predispusose en favor suyo; pasó con cariño sus dedos por entre los preciosos bucles de su pelo, y le dijo:

—Amiguito, ¿sois vos, por ventura, el abogado del hombre á quien se quiere arrojar de su casa?

A esto contestó con resolución Carlos.

—Sí, monseñor, si á mal no lo llevais.

—No lo llevo á mal; muy al contrario, contestó el barón, únicamente me parece que no es justo que tengais que sostener solo la lucha contra ese grande estantigua que ya se presenta de antemano muy satisfecho de sí mismo por lo acostumbrado que está á los embrollos de la abogacía.

Al decir estas palabras el barón, señalaba con el dedo al abogado del usurero. Sonrióse Carlos, y dijo: "Dejadlo todo de mi cuenta, monseñor: tengo mucha esperanza, porque veo que ante vos triunfará la verdad de la falacia." El barón, mas y mas asombrado, sentóse en una si-